



SS. MM. al salir de la Salve.

CURIOSIDADES

LA VIA LIBRE

En todas las Ordenanzas municipales de las poblaciones cultas se consignan artículos en virtud de los cuales la vía pública debe quedar por completo expedita á cualquier individuo que por ella quiera transitar ó transite.

Estos mandamientos de las modernas legislaciones, con verdadera fuerza *preceptiva*, y aun *coactiva*, han sido objeto muchas veces de infinidad de discusiones y debates, no sólo en los Parlamentos, sino en los Municipios y, en general, por la opinión.

Investigando, sin embargo, los antecedentes, y á propósito de las recientemente dictadas Ordenanzas de Dublín, el famoso historiador de Oscar Daley, acaba de publicar una nota, que forma parte de su apéndice á la *Historia Universal*, en la que demuestra que, lo que pudiera llamar el transeunte «Vía libre», ha sido siempre para él, en todas las ciudades y en todos los tiempos, un derecho indudable, tan sagrado, tal vez, como el que representa la inviolabilidad del domicilio.

Resulta, según los datos fehacientes recogidos por el ilustre arqueólogo, que en Grecia se penaba duramente (con retención en casa de diez á cincuenta días) al ciudadano que estorbaba el paso en la calle al que transitaba.

En algunas ciudades de la antigua Grecia, Atenas entre ellas, sin duda atendiendo á indicaciones de sabios tan eminentes como Solón, llegábase á más, y allí hubo de prohibirse, bajo multa muy crecida y muchos días de encarcelamiento, el hecho de detenerse en la vía pública, estorbando el paso á los demás.

En Roma conocida es la decisión de César Augusto, ordenando que «todo *cives* deje *paso* franco á quien *pasa*», y en la Edad Media, en nuestra misma Córdoba, según los estudios de Duré y de Stoy, en tiempos de los muzárabes, ó mozárabes, también el Califato de Occidente dictó reglas encaminadas á lo mismo.

Resulta de todo esto que el deseo de los gobernantes, que en este caso es el de la generalidad de los ciudadanos, es el de dejar libre la calle á quien por ella transita, y que siempre y en todo tiempo se ha castigado con mayor ó menor severidad, pero siempre con alguna, á los tergiversadores de esta ley que, según Daley, debe formar parte nada menos que del derecho natural y del derecho de gentes.

Tal es la síntesis de sus estudios, que no dejan de ser curiosos.

Merced á ellos sabemos que en Grecia estaban... más adelantados que aquí.

En este asunto.

Ptolomeo.

ECOS DEL MUNDO

Cuestión de colores.—Distintas sensaciones.—No, señor.—Estudios recientes.—Lo que dice un sabio.—La última palabra.—Nueva teoría.—¿Colores «simpáticos»?—¿También dolor?—Según y cómo.—Razón suprema.—Fealdad.—Lo aparente y lo convencional.—¿No hay duda!—Ejemplo.—El gris.—Para ellas.—¿A que sí?...

¿Son, igualmente, agradables á los ojos de los seres animados todos los colores? Concretando la cuestión, al hombre [mismo, ¿le producen idéntica sensación unos colores que otros?

Aun el menos versado] en asuntos científicos

cos, juzgando por sí mismo, es indudable que contestaría negativamente sin vacilar á aquellas preguntas.

Los últimos estudios realizados acerca de los colores han venido á confirmar estas mismas opiniones, y los que acaba de publicar Tenny, el famoso autor de la obra *Análisis espectral*, también afirman con mayor suma de datos que ninguno de los anteriores, aquellas creencias vulgares.

Una teoría completamente nueva y original contienen estos últimos trabajos y es la que se refiere á los *colores simpáticos*.

Resulta, según ella, que los colores, como todo cualquier otro objeto, incluso los ideales, son susceptibles de provocar en el sujeto esa misteriosa corriente que se denomina *simpatía*. Cuando un color es *antipático* ocurre que la citada relación se da al contrario, existe una especie de repulsión entre el objeto y su observador y hasta puede llegar el caso de que se produzca una verdadera y bien definida sensación de dolor.

Ahora bien cabe preguntar, ¿un mismo y determinado color produce en distintos individuos la misma sensación agradable ó adversa?

Recurriendo aquí á las reglas generales, desde luego puede afirmarse que no, y así es efectivamente, pues puede ocurrir—y ocurre muy á menudo—que el color ó el tono de color, que es más aún, que para uno es agradable, resulta repulsivo para otro.

Conviene hacer, sin embargo, una aclaración y ésta es la de que cuando la *fealdad* (llamémosla así para entendernos) del color es de mucha fuerza, aparente ó intrínseca, entonces la opinión de todos los hombres será unánime por la suprema y sencilla razón de que el hombre lleva en sí innato el instinto para aspirar al ideal de lo bello.

Pero hemos hablado de fuerza *aparente*, y esta es la ocasión de decir en lo que consiste ya que se enlaza con lo anterior.

En efecto, ese ideal de lo bello á que el hombre tiende instintivamente, ¿no se puede modificar y acaso desviarse torcidamente y hasta atrofiarse? Qué duda cabe; el hábito, las costumbres, el temperamento mismo del sujeto puede hacerlo variar en un tiempo dado.

Un ejemplo en el color aclarará estas ideas. El color negro, aunque no es simpático, no lo

estanto como el azul en *Europa* porque nos trae á la imaginación la idea del dolor, de la tristeza, sin más motivo que el uso *convencional* de haberse simbolizado con él el duelo, el luto. Pero en *Asia* esta sensación es muy otra para los habitantes del Japón ó China, verbi gracia, porque allí el luto está representado por el rojo, y este será por consiguiente el color que produzca aquellas sensaciones.

Para acabar este curioso estudio diremos que, según esta teoría, los colores compuestos son los más antipáticos, y de todos ellos el gris.

Ya lo saben mis amables lectoras cuando escojan telas para sus vestidos.

Por supuesto que una mujer hermosa, diga lo que quiera Tenny, siempre será *muy simpática*, aunque se vista de gris.

Doctor Traveller.

LA MANZANA

I
Una huerta. A lo lejos el hortelano cava distraído. Los últimos reflejos del sol al declinar dan al paisaje belleza y colorido. Bajo la sombra de ampulosa higuera, que encorva hasta los surcos el ramaje, próxima á la reguera, donde se precipita clara y bulleante el agua, la hortelana, por cierto muy bonita, ofrece una manzana á un hombre que parece un caballero, á juzgar por la ropa y el sombrero.

II
Y el caballero dice emocionado: —Te regalo un bocado, ya que no me permites otra cosa, y porque sé, morena, que te agrada, de esta manzana, como tú sabrosa, como tú fresca, sana y encarnada. —No, señor; que no quiero (la moza replicó, dando un respingo; y al ver que la asediaba el caballero): ¡Ya sabe usted lo bruto que es Domingo! —Pues por eso, mujer; ¡qué tonta eres! Yo no puedo creer que tú le quieras. —Pues créaselo usted.

—¡Qué disparate! Con aquella boca de tomate y con aquellos labios de estropajo, llenos siempre de grietas, contra las cuales no usa más recetas que cáscaras de ajo, de fijo que no sabe á miel y queso la boca de tu esposo dando un beso. —Pues á mí sí me sabe, señorito. —Pues yo quiero, serrana, y por última vez te lo repito, que des á la manzana un bocadito, ó si no me como la manzana. —Ya le he dicho que no.

—Pues ahora dices lo contrario y seremos muy felices. —¡Ay, que viene Domingo! —Puer me oscuro, porque Domingo, como burro... ¡es burro!

III
—Ya se fué, señorito. —¡Oh, placer sin igual en los placeres! ¡Que revienta el maldito! —Ya se fué. —Ya lo veo; conque ¿quieres?... —Pues, hombre... un bocadito... lo doy casi sin gana. —¡Y dos, y toda para tí, serrana!

IV
Dió un bocado y después otro bocado; la manzana es la fruta del pecado;

Eva pecó comiendo la manzana, y pecó de igual modo la hortelana, y si en vez de manzana les dan breva... comen lo mismo la hortelana y Eva.

Antonio Montalbán.

LA RELIQUIA

I
Cada hoja, amarillenta y seca, le recordaba algún trance amoroso; cada hoja de aquella rosa marchita era una esperanza que el destino se había encargado de desvanecer.

Amalia había querido á Ernesto con todas las ilusiones del amor único y primero; le amó como se ama por primera vez en la vida; como nunca se vuelve á amar.

El idilio de su felicidad fué bruscamente deshecho con la muerte de Ernesto; una rápida enfermedad le llevó al sepulcro, y Amalia, al ver deruido el castillo de sus ensueños, lloró amargamente tan grande pérdida.

Días antes, Ernesto, en uno de los coloquios amorosos que ambos sostenían, le había regalado una fragante rosa, que prendió en el pecho de Amalia, y que ésta conservó y guardó como se conserva y guarda preciada joya. Su libro de misa profanóse contentiendo entre sus páginas aquella rosa; pero como era emblema de su amor, casto y puro, tenía cierta religiosidad en medio de su profanación. Pocos días después moría Ernesto, y oprimía entre sus manos por última vez las ya amarillentas hojas de aquella flor, recuerdo de su amorosa pasión.

II
Amalia al poco tiempo, apenada por esta pérdida, profesó, convirtiéndose en Sor Angeles. El rosáceo color de sus mejillas y la nivea blancura de su frente, trocóse por la palidez mate de las religiosas. Su hermosa cabellera fué destruida por la tijera; su vida, fastuosa, alegre, risueña, se convirtió en la tranquila, sosegada y austera existencia monacal; su acendrado amor hacia Ernesto fué después fervoroso misticismo hacia Jesucristo; sus ricos trajes de seda fueron reemplazados por el burdo paño del hábito.

La libertad de que antes disfrutaba formaba contraste con el recogimiento de ahora; antes hablaba de teatros, bailes y modas; en el convento no se hablaba nada más que de maitines, novenas y letanías.

A veces, en las soledades del claustro ó de la celda, su corazón evocaba el recuerdo del pasado; recordaba su amor, que tan feliz la hubiera hecho, y su posición, de la que tanto había disfrutado; algunas veces su alma daba cabida á estos mundanales recuerdos, y entonces abría el libro de oraciones, le hojeaba, y entre dos páginas aparecían á su vista las amarillentas y secas hojas de la rosa que recibió de Ernesto. Sentía, pudiéramos decir, la nostalgia de su amor, y se recreaba contemplando aquella flor que tan venturosos momentos le recordaba. Por eso la conservaba como preciada joya... Pero, la eterna fe y religiosidad juradas, y la firme vocación de apartar todo recuerdo mundanal, la obligaban á cerrar apresuradamente el libro para que entre sus manos corriera el rosario...

De estas escenas, casi siempre eran testigos un mudo Crucifijo y cuatro paredes, desnudas y blancas.

Un día hallábase en su celda, y el momento de recogimiento y soledad de que disponía le dedicó, por última vez, á recordar venturosos tiempos.

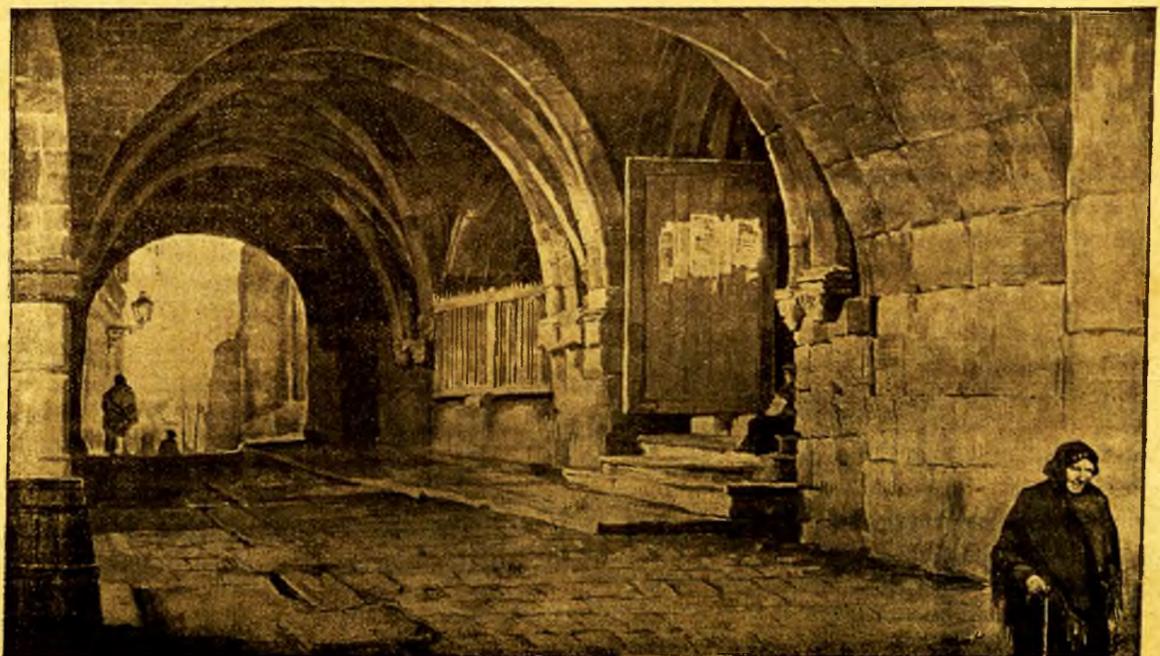
Abrió su libro, y cogió la marchita rosa: cada hoja, amarillenta y seca, la recordaba algún episodio amoroso, ya pasado: cada hoja era una esperanza que el destino había destruido.

Abstraída en esta contemplación, estuvo largo rato. Ya cerraba el libro dispuesta á reparar con oraciones y penitencias estos *recuerdos pecadores*, cuando, volviendo la cabeza, su vista se encontró con la de Sor Cruz, que con sus pequeños ojillos la miraba escrutadoramente, interrogándola acerca de lo que había presenciado.

El pálido mate de Sor Angeles trocóse por el rojo vivo de la turbación; cerró apresuradamente el libro, se puso de rodillas ante el Crucifijo, y balbuceó, contestando á la interrogante mirada de Sor Clara:

—No, no era nada... ¡Era una reliquia!...

Emiliano Ramírez.



Un detalle de la Catedral de Santander.